



El día llega temprano cuando los pájaros empiezan y el fusilero gorjea en una nube como el niño del poema: haz callar tu flautín, tu alegre flautín. Y en todas partes brotan flores de judía, hierba de un exuberante verde guisante, un enjambre de insectos que zumban vertiginosos y chocan contra los sitios altos; la roseta basal crece sigilosa e invasora para cubrirlo todo como un echarpe cremoso de prietas y cálidas rosas; ah, el amanecer con sus vivaces nubecillas de insectos que brincan y danzan sobre las maltrechas briznas de hierba y el rostro de la primera flor que nace; y las semillas de zanahoria que planté nunca brotaron, porque el viento sopló un hechizo para dispersarlas; el viento es cálido, era cálido, y en lo alto los días irrumpen sin control, explotan y diseminan los átomos de una flor de judía negra como la nieve y una rosa blanca, en una burlona imitación del intuitivo zorzal, que pregunta «quién-lo-hizo-quién-lo-hizo» con su repetitiva cantinela del verano; y con sus trinos me decía que plantara las semillas de zanahoria esparcidas bajo un manto de tierra fino como el algodón y, sin embargo, se hundieron demasiado o se secaron, y la mosca negra se adueñó de las judías que florecieron más tarde en el terciopelo de la medianoche, y pensé que debí haberlo sabido, que es lo que piensa una cuando el destino se acerca con paso furtivo; qué

exuberante es el verano, sí, pero ¿de qué sirven el río verde, el paraíso dorado, si el tiempo y la muerte hincan unos dedos que se han vuelto humanos en este reducto de mi campo, y no descansan hasta llevarse bajo tierra todo el verdor del sauce y la rosa blanca y la flor de judía y el alimento que en la brumosa mañana nos trae el melodioso chirrido en el pecho de pimienta del zorzal?

Y ahora, cual voluminoso y dispéptico Papá Noel, hay en la puerta un montón de la nieve de Navidad que ningún día de pleno verano ni sol humano podrán disipar, y así ha de ser, y así parece que ha de ser, para encajar; y ahora compramos una tarjeta de Navidad y escribimos o firmamos la lista del obituario con cinta adhesiva; envolvemos nuestra vida en celofán con un pañuelo y una tarjeta; compramos una oruga hecha un ovillo y avanza muy despacio con su lomo ondulante por nuestros días y nuestras noches. Canta Daphne desde el cuarto de los muertos.



La abuela era una mujer negra que tiempo atrás había sido esclava, con su largo vestido negro y el pelo ensortijado y la piel oleosa, en el sur de Estados Unidos. Cantaba a menudo sobre su hogar,

—Llévame de vuelta a la vieja Virginia,
la tierra del maíz, las patatas y el algodón,
y del dulce cantar de las aves en primavera;
donde ansía reposar mi viejo corazón.

Y ahora que está muerta ya habrá regresado a Virginia y andará recorriendo las plantaciones, con el sol arrancando destellos a su pelo ensortijado, que es como una bola de algodón negro sobre la que bailar, o como el vilano de cardo que los pájaros se llevan a sus nidos si su mundo es negro.

No, tenéis que comeros el repollo, en la pared hay coladores colgados para escurrirlo y sacarle el agua verde; aunque si tenéis diabetes, quizás sería mejor que os bebierais ese líquido, o de lo contrario podríais perder las dos piernas, como vuestra abuela, y acabar con dos nuevas de madera que guardaréis detrás de la puerta, en las sombras, y sin rodillas para doblarlas ni dedos en los pies para moverlos.

¿Coladores?

¿Coladores?

¿Calendarios?

Calendarios cuelgan de la pared, con facturas del tendero, del lechero y del carnicero; y de algún modo se las ingenian para estar ahí colgados reuniendo todos los días y meses del año y numerándolos como a presos, no vayan a escaparse.

Y lo hacen, siempre.

—El tiempo vuela —decía la señora Withers—. Y es «calendario», no «colador»; menudos tontorrones estáis hechos, niños. Francie, Toby, Daphne, Chicks... bebed el agua del repollo o perderéis las dos piernas como vuestra abuela.



—No quiero ir al colegio —decía Toby—. Quiero ir al vertedero y encontrar cosas.

Francie, Toby, Daphne, y no siempre Chicks, porque era demasiado pequeña y se quedaba rezagada por el camino, descubrían tesoros en el vertedero, entre el papel y el acero y el hierro y el óxido y botas viejas y todo lo que la gente del pueblo había tirado por inservible y porque ya no tenía ningún valor. El lugar era como una concha con un ribete dorado de penachos de toetoe alrededor y con hierba y matojos creciendo como un pelaje verde sobre los montones de basura; y desde donde se sentaban los niños, arrebujaados en la hondonada de desperdicios, a veces al calor de las hileras de fuegos encendidos por los hombres del ayuntamiento para acelerar la muerte de sus desechos materiales, veían pasar el cielo en ondas de azul o de gris y oían en el viento al grueso abeto que se inclinaba sobre la hondonada, se mecía y hablaba para sí, pronunciando su propio nombre, abeeeto, abeeeto, y soltaba sus agujas de herrumbre que se deslizaban por la ardiente concha amarilla y verde y penetraban en ella para coser con minúsculas puntadas la herida en carne viva y llena de formas de vida donde los niños encontraron los primeros y más felices cuentos de hadas.

Y un librito verde y apolillado de Ernest Dowson, que le decía, en secreto, a Cynara, «La noche pasada, ay, anoche, entre sus labios y los míos», y que hablaba de amor y solo era adecuado para Francie, a quien ya le había «venido», que era la palabra que usaba su madre cuando les hablaba en susurros sobre aquello en el baño, pero no para Daphne que aún no sabía qué se sentía o cómo podía una llevar eso sin que se le notara y la gente dijera: «Mira».

—Te goteará la sangre al caminar —dijo Francie.

Y sin saber qué contestar, Daphne decía

—Rapunzel, Rapunzel, deja caer tu cabello;
repetía las palabras del príncipe que trepaba hasta lo alto de la torre por la sedosa trenza dorada, todo estaba en los cuentos de hadas que encontraban en el vertedero. El libro apestaba, y ese también se lo habían comido unos gusanos que aún vivían entre las páginas amarillentas, y estaba cubierto de ceniza, y lo habían tirado porque ya no hablaba la lengua adecuada y la gente no podía leerlo porque no conseguía encontrar el camino hacia los mundos que contenía. En la cubierta, en una letra con florituras, se leía: «Los hermanos Grimm». Hablaba sobre Cenicienta y sus feas hermanas con los talones y los dedos de los pies cortados de los que manaba sangre negra, el color de la nieve de todas las flores de judía.

—Pero yo no quiero ir al colegio —decía Toby—. Quiero ir al vertedero y encontrar otro libro.

Ese día tocaba que la doctora viniera a la escuela. Llevaba un traje gris y, como era la enfermera del colegio, en su imaginación la confundían con esa otra enfermera gris que se acerca sigilosa como un tiburón a tus espaldas cuando nadas, para devorarte entera; aunque no la había en esas aguas, sino solo cerca de Sídney, tengo entendido.

Cada vez que venía, la enfermera se llevaba a los niños sucios para observarlos y susurrarles cosas a través de un tubo de cartón. «Treinta y dos, cincuenta y cinco, sesenta y uno», murmuraba; y los niños, si eran los sucios y los estaban examinando, tenían que repetir: «Treinta y dos, cincuenta y cinco, sesenta y uno»; y si lo hacían correctamente significaba que oían bien y no habría que hurgarles en las orejas ni operarlos. Y la doctora sacaba entonces un palito como el de un helado y, con muchísima suavidad, iba separando los mechones de pelo del alumno para escudriñar en ellos y comprobar si tenían habitantes. También les examinaba la ropa para determinar cada cuanto la lavaban y si era heredada o nueva. Y sostenía un cuadrado de cartón ante los niños sucios y les señalaba las letras impresas en él, y esperaba que ellos le recitaran el alfabeto todo mezclado y que vieran aquellos caracteres tan pequeños, más diminutos incluso que los de la columna central de una página de la Biblia, donde dice Véase Tim, Rom, Deut, y otras palabras misteriosas.

Eso a Toby no le gustaba. Todo aquello le daba miedo. En un libro de médicos que su madre guardaba encima del armario, había visto un dibujo de los animales de muchas patas que caminan por el pelo de la gente; y las manchas rojas que a la gente le salen en la cara, y la forma en que se te pueden torcer las piernas. El propio Toby era un niño enfermizo que tomaba una medicina, una cucharada diluida en agua después de cada comida, hasta que su madre descifró lo que ponía en la receta y qué significaba. Y entonces,

—Bromuro —declaró—. Es una droga.

Y así, siempre que los frascos de medicina aparecían, de dos en dos o por prescripción repetida, la madre de Toby decía

—Ningún hijo mío, ni uno solo, va a tomarse esta porque-
ría. —Y rompía el sello, quitaba el corcho y vertía el líquido
denso y marrón en el fregadero.

Toby no mejoró. Iba al colegio, se sentaba en la última fila
y ladeaba la cabeza, tratando de entender lo que había escrito
en la pizarra y qué estaba diciendo el maestro, Andy Reid, en
la clase de historia.

Habían tenido lugar las guerras maoríes y los blancos se
habían quedado con tierras en bloque. Toby se preguntaba cómo
sería de grande un bloque de tierra. Se construían casas con
bloques de hormigón, y ellos caminaban por las mañanas alre-
dedor de bloques de apartamentos, tocando una verja sí y otra
no y arrancando una caléndula de cada tres. Pero decían que
aquel bloque de tierra de la historia contenía un bosque de
kauri que solo una tempestad sería capaz de rodear en un mi-
nuto arrancando por el pelo un árbol de cada dos o cada tres.

—Tenían un buen gobierno, en aquel entonces —les de-
cía Andy unas veces, y otras—: Tenían un gobierno malo.

Y les hablaba sobre la guerra y la paz, que nunca parecían
ocurrir al mismo tiempo en la historia. Hubo, digamos, seis
años de paz, y durante esos años los maoríes y los blancos se
pasaban los días y las noches sonriéndose unos a otros, fro-
tándose las narices e intercambiando jade, kumara y kauri, y
casándose, asistiendo a meriendas campestres, tomando el té,
comiendo pescado y riéndose juntos, y nadie se enfadaba
nunca.

Hasta que los seis años llegaron a su fin. Quizás lo hicieron
por Nochevieja, y los blancos y los maoríes se plantaron ante
sus casas el día de Año Nuevo, como se planta la gente ante los
cines y los campos de críquet a la espera de que dé comienzo
la película o el partido; y las madres advertían a sus hijos:

«Recuerda que no debes reírte ni jugar ni intercambiar nada. Vamos a matarnos durante seis años. Estamos en guerra».

Toby no lograba imaginar los años de guerra, pero Andy Reid se lo contó a todo el mundo, y Andy Reid sabía de esas cosas. También decía que había habido una guerra de Cien Años, cuando algunas personas tuvieron que haber nacido con la indignación en la cara y muerto indignadas también, sin una sola sonrisa en todo ese tiempo.

Pero costaba entender la historia con sus reyes buenos y malos y sus pelucas y sus mallas blancas y apretadas para bailar un minué; e imaginar a los dos príncipes sentados en aquella torre espantosa escuchando cómo goteaba el agua de una caverna subterránea y les surcaba la cara y el cuello y les caía en las cabezas que brotaban como flores de las bonitas gorgueras que hacían de pétalos. A Toby le daban lástima, pero no conseguía comprender la historia ni aquel deseo de conseguir más tierras y oro; a veces tampoco entendía qué decía el maestro ni podía leer las palabras en la pizarra. Y por eso no quería ir a la escuela cuando venía la doctora.

Se ponía enfermo a menudo y tenía que saltarse las clases y quedarse en casa. Cuando estaba enfermo le temblaba la mano como si tuviera frío y entonces Jesús o Dios le arrojaban un manto oscuro sobre la cabeza, y él forcejeaba allí debajo, apartando los pliegues de terciopelo, haciendo aspavientos con los brazos y las piernas hasta que el sol, sintiendo lástima, descendía como una grúa de luz radiante para levantarlo, pero, ay, también para preservar, en qué lugar de la gran bóveda del cielo, se preguntaba Toby, aquel manto de sueños recurrentes contenidos. Y abría los ojos y veía a su madre junto a él, con su voluminosa panza y el mapa de manchas de humedad y harina en su delantal de arpillera.

Entonces Toby se echaba a llorar.

El manto de terciopelo se cernía una y otra vez sobre él, de modo que siempre que Toby movía la mano o el brazo demasiado deprisa, su madre corría a su lado y le preguntaba,

—¿Estás bien, Toby?

O, en la escuela, Andy Reid le decía,

—Puedes ir a tumbarte un poco, Toby Withers, y así a lo mejor consigues pararlo.

—¿Parar qué?

¿Entendía Andy Reid qué le ocurría y cómo el manto se cernía sobre él con su bosque de un millón de pliegues? ¿Sabía por qué a algunos les dan una noche tranquila y solitaria, con una habitación propia, pero sin ventanas a las que puedan asomarse esas estrellas de las que habla la andrajosa mujer del programa *Zodiaco*?

Así que Toby no fue al colegio el día que iba la doctora. Se despidió de sus padres y les dijo,

—Sí, llevo un pañuelo, y si me da otra vez, lo diré.

Y echó a correr, tomándole la delantera a Daphne. Esta se alegró, pues le daba miedo estar cerca de su hermano, por si le volvía a pasar y tenía que verlo ella sola, y se moría o se ahogaba con aquel terrible color morado en la cara y las manos temblando y los ojos en blanco, como el ojo, cerrado, de un ave muerta que Daphne había visto una vez junto al corral. Pero al quedarse allí de pie en la acera húmeda de la calle, con Toby sacándole ventaja y el seto de boj africano, lleno de bayas como naranjas diminutas, inclinándose para pincharle en las piernas si se acercaba demasiado, se sintió sola y tuvo ganas de darle alcance; así que lo alcanzó y fue con Toby al vertedero en busca de cosas. Encontraron una rueda de bicicleta y un neumático de coche. Dentro del neumático había un taco de

libros de contabilidad con pulcras palabras y cifras trazadas cuidadosamente con una bonita tinta azul; y cada página les pareció a los niños algo salido de un museo y que debiera preservarse tras una vitrina, como el documento manuscrito de un pionero o un gobernador.

Daphne recogió los libros y se los puso en el regazo para acariciarlos, porque eran valiosos.

—Son tesoros —dijo—. Estas preciosas páginas son mejores que el papel de plata.

—Qué va —contestó Toby—. Solo son sumas, de esas que hacen los mayores.

—Pero están hechas como tesoros. ¿Por qué los habrán tirado? Y cuando uno se hace mayor trabaja con tesoros, así que debe ser eso.

—No. Esto ha salido de los bancos —repuso Toby—. De esos sitios donde llevan trajes de mil rayas y se les pone la cara muy roja cuando hace calor.

Y arrancó algunas páginas de los libros, pese a que Daphne trató de impedirlo, e hizo aviones de papel y orinó sobre una para ver si se volvía invisible.

Luego hablaron sobre los cuentos de hadas que nadie había querido y que habían dejado sobre las cenizas para que se quemaran. Había un hombrecillo, del tamaño de un pulgar en realidad. Solía guiar un caballo montándose en su oreja y susurrándole «Arre» o «Adelante». Y había un rey que vivía en una montaña de cristal y que podía ver su rostro en setenta espejos distintos de un solo vistazo. Y una mesa que surgía de la tierra al igual que el órgano, según dicen, se eleva a través del suelo en los grandes teatros y la música brota antes de que la gente se haya instalado y hayan entonado el *Dios salve a la reina*.

Y para hacer que la mesa desapareciera, la niñita del cuento solo tenía que decir «Bala, cabrita, bala y protesta, y que la mesa se oculte presta».

—Pues ya que hablamos de mesas, tengo hambre —le dijo Daphne a Toby—. ¿Qué tenemos?

No tenían nada. Les pareció que debía de faltar poco para la hora de comer, de modo que arrancaron una página de las sumas en azul, por si en efecto era un tesoro destinado a una vitrina, y se encaminaron a casa, pasando por la frutería de camino.

Daphne entró en la tienda, que siempre parecía mojada como si la estuvieran fregando y en la que los repollos se ponían amarillos y la fruta estaba llena de manchitas; y antes de que volviera la tendera (era una mujer china que había pasado por funerales y bodas e iglesias ajenas a Daphne y Toby), Daphne birló una manzana, se la ocultó bajo el brazo y salió con sigilo, y así, ella y su hermano tomaron cada uno media manzana, que dividieron equitativamente porque en realidad le pertenecía a Daphne; Toby se quedó la parte verde y ácida con piel más gruesa, y Daphne con la mitad más tersa y sonrosada; no obstante, para recalcar la imparcialidad de aquella empresa y la importancia de no contárselo a nadie, la niña le permitió a su hermano caminar por la acera soleada de la calle y permanecer calentito mientras ella continuaba por la sombra.

Aquella tarde, los dos fueron al colegio. La doctora había estado allí. Había reunido a varios alumnos y tachado sus nombres en unas tarjetas blancas, con tinta roja, y le había dado una nota a Norris Stevens, sobre sus amígdalas, para que la llevara a casa y se la diera a su madre. Iban a quitarle las amígdalas, explicó el niño, para envidia de todos los demás.

—¿Por qué no estabas esta mañana en la escuela? —le preguntó la señorita Drout a Daphne.

—Estaba enferma —contestó Daphne.

En cuanto a Toby, su respuesta a Andy Reid fue:

—Me ha dado otra vez.

Y le dijeron que se tumbara en la cama de la enfermería y a la hora del recreo le dieron leche, con una pajita.